## Janet

Eran las seis de la tarde, y hacía ya tiempo que el sol se había puesto en la ciudad de los Grandes Lagos. El día había sido gélido, y el astro rey había brillado de forma tenue, oculto la mayor parte del tiempo por plomizas nubes que descargaron una lluvia intermitente, fina y fría.

Janet había salido tarde de su casa, pues había tenido una discusión con la casera; la mujer se acercó a ella justo cuando estaba cerrando la puerta del apartamento, y eso le entretuvo más de la cuenta. Sin embargo, a pesar de que iba a llegar tarde al trabajo, andaba de forma desganada, como la misma lluvia que no terminaba de decidirse y solo caía de forma tímida y fugaz.

Debería apresurarse si no quería tener otra discusión esta vez con su jefe, quien ya le había advertido que esos retrasos no podían continuar. Pero no aceleró el paso, a pesar de que le había parecido que alguien la seguía. «Lo que tenga que ser, será», se dijo. «Ya estoy harta de estar siempre huyendo».

Dejó aparcado el miedo por un instante, y se concentró en el momento presente, tal y como le había enseñado Bob, su compañero. O, mejor dicho, su excompañero, pues al pobre hombre le habían despedido solo unos días atrás. El viejo no soportaría el hecho de volver a quedarse sin trabajo, y probablemente la bebida acabaría con él en poco tiempo. Una pena, porque lo cierto era que no había conocido a otro músico que tocase tan bien la batería como él... cuando estaba sobrio.

El caso es que dejó de pensar en esa desgracia, pues ese era otro pensamiento negativo que debía evitar. Además, esa tarde conocería a su sustituto, que al parecer era otro baterista fabuloso, según su jefe. Ese era un pensamiento positivo en el que intentó regocijarse, pues no había nada mejor en el mundo que cantar rodeada de buenos músicos.

Pero fue en vano. Casi de inmediato su mente derivó hacia la discusión con la casera. La mujer tenía razón: le debía dos meses de renta, y apenas había conseguido reunir el dinero de uno, con las escasas propinas que recibía en el bar. Unas propinas, sus ahorros, que se esfumaron cuando tuvo que pagar la fianza de su hermano para que pudiera salir de la cárcel. Ya lo había hecho otras veces, y se juró a sí misma que aquella sería la última vez que lo haría. De nada servía, se dijo, pues a buen seguro que en poco tiempo volvería a entrar en prisión, por cualquier otra causa. Un dinero que tenía reservado para pagarse la matrícula en una academia de solfeo en la que ya se había inscrito, y que tendría que posponer, a saber por cuanto tiempo.

El viento, que hasta ese momento también se había comportado de forma tímida, esta vez arreció con fuerza, y la lluvia comenzó a hacerse sentir de forma más intensa. Un motivo más, desde luego, para acelerar el paso, pero de nuevo se resistió a hacerlo. Y eso era algo impensable solo unos años atrás, cuando actuó por primera vez ante algo que podría denominarse "un público". Aquella vez fue en un garito mucho peor que en el que cantaba ahora, y había sido recomendada por su maestra, la sin par cantante Linda McRae, ya retirada. «Es mi mejor alumna», les dijo, y no se equivocaba.

Recordó la ilusión, las ganas, los nervios, el deseo de agradar a aquella audiencia de negros pobres pero expertos y curtidos durante decenios de arrastrar sus pellejos por todos los bares de la costa Este y Oeste, actuando en los mejores y también en los peores locales donde se tocaba el Jazz, el Blues y el Soul.

No les defraudó, desde luego, pero aquellos grandes sabios no pudieron hacer nada para conseguirle un contrato medianamente serio, y se tuvo que resignar a, como ellos, actuar en tugurios, en antros, en garitos de mala muerte, donde lo que menos se admiraba de ella era su magnífica voz.

Ya estaba cerca de llegar al bar donde ahora cantaba. Un bar ubicado en los bajos fondos de Chicago, donde además de cantar, también servía copas y bebidas a una audiencia mayoritariamente negra, donde se dejaba caer de vez en cuando algún despistado melómano que oía la música desde la calle.

Su esperanza era que alguno de esos transeúntes la descubriera, la recomendase, la sacara de aquella vida gris en la que se consumía, a pesar de que, en teoría, estaba haciendo lo que más le gustaba, que era cantar.

Había visto en múltiples ocasiones a chicas con capacidades vocales inferiores a las suyas que habían triunfado. Sus perfiles en las redes sociales explotaron en un momento dado, y pasaron del anonimato a la fama en cuestión de días o semanas. ¿Por qué a ella no le pasaba lo mismo?, se preguntaba una y otra vez. «Es por el dinero, pequeña», le había dicho Bob. «El vil metal rige en todos los ámbitos, y las redes sociales no son una excepción».

—Pero, ¿tú que sabrás de eso, viejo borracho? —le respondía. Aquel hombre no tenía ni siquiera teléfono móvil, y ya quería saber las razones del éxito en los últimos medios de comunicación de masas.

—No sé nada de eso que llamáis «Facebook» o «Youtube», pero este viejo que contemplas ha vivido mucho, y los tiempos no cambian. Los tiempos no cambian ni las personas tampoco, a pesar de que parezca lo contrario.

—Las redes son oportunidades, Bob. Ahora ya no hace falta que alguien tenga una recomendación o un «padrino» para subir a lo más alto.

—¿Ah no? Entonces, ¿por qué a ti no te ha llamado nadie? Eres lo suficientemente buena…

—Porque en las redes hay mucho ruido, ¡viejo idiota! —la confianza que tenía con él le permitía insultarle sin que el otro se ofendiera—. Hay miles de chicas que hacen lo que yo, que cantan, que suben videos… Algunas son buenas, pero la mayoría son malas, muy malas. Hoy cualquier inútil puede grabar un video y comprarse un micrófono de alta fidelidad y mostrarse allí. Y mis actuaciones no están entre las primeras, cuando alguien las busca. No tengo seguidores suficientes y…

—Los tendrías si pagaras. Estarías en los primeros puestos… si pagaras. Es lo que hacen los demás.

—No —afirmó, categóricamente—. Hay quien no ha puesto un centavo, y está ahora en lo más alto.

—Habrán tenido suerte.

—¡Claro que han tenido suerte! Lo hicieron cuando las redes acababan de nacer y todavía no había mucha gente que subiera cosas. O dio la casualidad de que se cruzaron con alguien que…

—Tuvieron suerte, pequeña. Es lo que te digo. Pero los tiempos son los mismos, no hay nada nuevo bajo el sol. Antes porque no había medios, y ahora porque sobran medios y sobra gente. El dinero… El dinero es la clave de todo. Si tú pagas, tus videos saldrán en los primeros puestos. ¿A que sí? Y entonces tendrás seguidores, porque te verán más, y eso es un círculo vicioso que se retroalimenta, y entonces subirás como la espuma. ¿Es que no te das cuenta? No hace falta saber usar eso para comprender cómo funciona. El mundo siempre ha sido así.

El viejo tenía razón, y lo peor de todo era que ella no tenía dinero. Debía dos mensualidades a la casera, y el salario en el bar era tan bajo que casi no le llegaba para mantenerse. Solo las propinas podían salvarla, y estas no se daban por cantar bien, sino por mostrarse «sexy». «Oh, sí», se dijo; «alguna vez he recibido algunos billetes al servir alguna bebida a alguien que alabó mi voz, pero no suele ser lo habitual…»

Solo había que ver el tipo de clientes que tenía aquel local: casi siempre hombres solos de mediana edad, intercalados con alguna otra pareja de la zona que paraba por allí a cenar, y que visitaban el garito para disfrutar de una tarde de buena música. Parejas que, lamentablemente, no eran las más espléndidas a la hora de aflojar el bolsillo.

Una pena que hubiera tenido que abandonar el último sitio donde estuvo. Aquel era un local de mucha más clase, donde era presentada como artista, y donde no tenía que trabajar además de camarera.

Pero tuvo miedo, y se marchó de aquella ciudad. Se marchó y no pudo encontrar nada semejante, a pesar de su valía. Finalmente, después de probar en muchos sitios, la necesidad le hizo recalar en el Charly’s, el lugar en el que trabajaba ahora.

Al evocar las razones por las que se fue de allí, volvió a pensar en su posible perseguidor, al que, a pesar de todo, no había perdido la pista, como tampoco él parecía haberla perdido. Parecía seguirla desde la distancia, y se paraba cuando ella lo hacía. O al menos eso le daba la impresión. No sería la primera vez que todo era una falsa alarma, y esta vez se armó de valor y se dispuso a comprobarlo. Lo último que deseaba era que él supiese donde trabajaba, pues entonces tendría que hacer lo mismo que la otra vez: volar.

Llegó a la puerta de un pequeño centro comercial que se hallaba a solo dos manzanas del bar, y se detuvo como si hubiera quedado con alguien allí. Entonces miró fijamente a quien creía que era su perseguidor, y para su sorpresa y pánico, se paró también en la misma zona. No se le veía la cara, pues llevaba tapado el rostro con las solapas de su gabardina y un gran sombrero de alas caídas que le guarecía de la lluvia. Parecía él. Su compostura y su forma de andar, las manos en los bolsillos…

Su corazón comenzó a latir fuertemente, y se sintió paralizada. De nada había servido la determinación que había tenido hacía solo unos minutos de dejar de huir. Ahora deseaba salir corriendo de allí, y cuanto antes mejor. Pero sin duda alguna el hombre la habría alcanzado. Entonces se planteó entrar en el centro comercial y buscar si tenía alguna puerta trasera, o al menos refugiarse allí mientras llamaba a la policía. Estaba a punto de hacerlo cuando en ese momento una mujer blanca se acercó al hombre y le dio un beso. Entonces le vio la cara: no era él. Ni siquiera era negro.

Janet dejó escapar un gran suspiro de alivio, y se concentró en respirar de forma más sosegada para que su corazón no se le saliera del pecho. Después de algunos instantes, se tranquilizó un tanto, y tras volver a mirar hacia el lugar por donde había venido y comprobar que no había nadie más, procedió a salir de allí. Había sido otra falsa alarma, afortunadamente.

Fue entonces cuando miró la hora en su teléfono móvil. Iba a llegar más de media hora tarde a su trabajo, y el resto de los músicos ya habrían comenzado a tocar temas instrumentales, pues su otra compañera que también cantaba no llegaría hasta las siete. Su jefe le echaría una buena bronca sin lugar a duda, pero no le importó demasiado.

La lluvia arreciaba ahora fuertemente, y entonces sí se apresuró a recorrer los escasos metros que le separaban del local, y entró, por fin, como si nada hubiera pasado, intentando sonreír a un jefe que la miraba con cara de perdonarle la vida.

—Hola —le dijo de forma escueta, mientras se daba la vuelta y cambiaba su semblante. A continuación, entró en el camerino, que en realidad era un almacén de bebidas, y se quitó la ropa que llevaba para embutirse en el uniforme de camarera-cantante sexy.

## Una bomba

Cuando la batería hizo el último redoble y la guitarra eléctrica vibró acompañándolo con su eco, ella colocó el micrófono en el pedestal metálico. Se oyeron en el bar algunos débiles aplausos, más bien fríos, de pura deferencia, que Janet agradeció con el mismo tono de cortés frialdad:

—Gracias.

Bajó del estrado mientras una de sus compañeras subía a él por el otro lado, y se puso el delantal de servicio, que recogió de donde lo había dejado antes de interpretar aquellas dos canciones. Entonces contempló su bloc de pedidos, y se dirigió hacia la barra. Fue entonces cuando alguien la llamó:

—Eh, Janet, ¿qué haces cuando sales de este antro?

La dirección prohibía a las chicas responder groseramente a los clientes, aunque estos fueran groseros con ellas. Sin embargo, concedía un amplio margen para la ironía y para el sarcasmo.

—A las doce me convierto en princesa, pero no necesito ninguna rata como paje, aunque me muera por serlo.

La carcajada del cliente la acompañó durante un momento hasta la barra mientras se alejaba, aunque no llegó hasta la misma. Se sintió detenida por una mano que, en la oscuridad, agarraba uno de sus brazos. Se libró de la sujeción con un gesto violento, mientras se volvía a mirar quién estaba detrás, temiéndose lo peor.

—Vamos, nena, con ese estilo de gata arisca no llegarás a ninguna parte.

—Me basta con llegar a mi casa cada noche —respondió, algo aliviada, al comprobar por la voz que era un cliente que ya había ido por allí otras veces.

—¿Dónde vives, muñeca?

El tipo salió de la zona de penumbra. Era un hombre negro, como ella, y lucía un sombrero caro y botas relucientes. Se imaginó que el gran coche que estaba aparcado fuera sería suyo.

—¿Le sirvo algo de beber? —preguntó.

El hombre sacó un fajo de billetes doblados y agarrados con una pinza de plata. Apartó uno de cincuenta dólares con parsimonia, y lo dejó caer en el bolsillo del delantal de la chica, que lo agarró antes de que desapareciera en el interior.

—Tráeme algo fuerte, y quédate con el cambio. Me gusta como cantas.

Se alejó por segunda vez en dirección a la barra. La compañera que le había sustituido sobre el escenario interpretaba de forma poco afortunada una versión de la canción «Fires at Midnight» de Blackmore’s Night. Sin embargo, los que la oían o fingían oírla mientras la miraban no llegaban a diferenciar una buena voz como la de Janet, de una mala, la pésima voz que ahora escuchaban.

—Sonríe. Al jefe le gusta que sonriamos, ¿recuerdas? —le insinuó su compañera detrás de la barra.

Puso el billete de cincuenta sobre el mostrador y esbozó una mueca con pretensiones de sonrisa. La chica de la barra se encogió de hombros y esperó a que Janet hiciera el pedido.

—Dame una bomba.

—¿Qué?

—El tipo ese, del fondo —dijo, mirando hacia el cliente—. Ha pedido algo fuerte.

La chica suspiró de forma ruidosa y añadió:

—Durarás poco aquí, Janet. De hecho, me maravilla que no te hayas ido ya.

—Si tuviera el dinero suficiente me habría largado, te lo aseguro.

—Tú eres cantante, ¿verdad? Quiero decir, que lo haces bien, y no es una casualidad.

¿Era una cantante? Estaba segura de que sí, aunque a veces también lo dudaba. Tenía solo veintitrés años, y parecía que hubiese pasado una eternidad desde que se había ido de su casa en el Bronx. Había estado rodando por el mundo, actuando en pequeños garitos a lo largo del país, hasta que recaló en aquel infecto bar de Chicago.

—Intento sobrevivir —dijo sin demasiada convicción—, y de paso espero que un día alguien me descubra. Así es como se escriben las grandes vidas, ¿no?

La chica le sirvió una ginebra con cerveza y vodka, y depositó el cambio de los cincuenta dólares sobre la bandeja.

—Si no revienta, puede que aun salves la noche —insinuó.

—Si no revienta, puede que mañana no le queden ganas de volver —dijo Janet, para a continuación regresar a la mesa donde le esperaba su cliente. En realidad, estaba más preocupada sobre la forma como reventaba la canción su compañera sobre el escenario, que sobre lo que le iba a hacer a aquel tipo si se atrevía a ponerle la mano encima.